

pobre anciano, murmurando entre dientes:

—¡Qué aventura, Dios mío! ¡Qué mal negocio! ¡Qué diría el señorito Jacobo si lo supiese? ¡Y pensar que obramos así por servirle!

—¡Pobre viejo! ¡Qué susto me hizo pasar el buen Savard! ¡si lo supiese!—se dijo Jacobo de Kerhoët.

Tembló éste por la vida de la mujer de la que provenían todas sus desdichas, pero á la que debía también inolvidables alegrías.

Al imaginar que la veía cadáver, su corazón, que se movía desordenadamente, dejó de latir de pronto y experimentó una sensación de angustia.

El Médico distrajo á Jacobo de sus penas cavilaciones.

—No hay que perder ni un minuto,—dijo,—la casualidad te sirve á pedir de boca.

Recorrieron con ligero paso una parte del camino que cruzaba por entre las dormidas casas de la aldea, y al poco tiempo llegaron á la de los Godin, aislada, á la salida de Touque, hacia Pont-le-Evêque.

En el fondo de la costa destacábanse los techos negros y recortados en sus cornisas por las siluetas del lino cárdeno ó la siempreviva.

Un débil rayo de luz escapábase á través de las rendijas de la ventana de una especie de guardillón ó granero colocado sobre el tejado, y en el momento en que el Médico apoyaba la mano en el pestillo de la puerta

para entrar, oyóse un grito ronco, salvaje, indefinible, que desgarró el silencio de la noche é hizo estremecer al Conde hasta el fondo de sus entrañas.

—¡Qué á tiempo llegamos!—exclamó Montel.—¡Apresurémonos!

V

A cualquiera que hubiese estado acostumbrado á las comodidades de la vida moderna, habríale parecido que el castillo de Morville no reunía condiciones para que se pudiese habitar en él, y que tan sólo servía para un cenobita ó un filósofo de la escuela estoíca.

Desde hacía veinticinco años que las arañas tejían libremente sus telas sin temor á las escobas ó zorros de los criados, y los ratones, que con sus numerosas familias habíanse instalado en todo el castillo, sólo tenían que temer á las aves nocturnas y á los gatos salvajes que entraban y salían con entera libertad.

Había llegado el período respetable de los hundimientos, y las almenas de una de las torrecillas estaban en el suelo, y su techo empezaba á seguir el mismo camino, quedando únicamente en pie los escalones de

blanca piedra, medio gastados por el paso de varias generaciones, rodeando en espiral al pilar central que les servía de sostén.

Ese era el camino que el Conde debía recorrer pocos minutos más tarde.

Parte del piso principal habíase venido abajo y caído á las salas del inferior, llenándolo todo de escombros.

Entre esas paredes que tenían seis piés de grueso, bajo las labradas y cuadradas vigas de aquellos artesonados, en aquellas habitaciones sombrías semejantes á celdas de un monasterio, habíase criado Jacobo de Kerohët y exhalado sus padres el postrer suspiro.

Allí era donde pasó sus doce años primeros alegres, porque gozaba la sana y bienhechora libertad de los campos, en medio de las verdes praderas, á la sombra de corpulentos y añosos árboles y respirando el aire salino y vivificante del mar que se veía rielar desde el fondo de las profundas ventanas, ó de las azoteas, desde las matas que cubren las alturas en que se constituyó ese nido de halcones, cuatrocientos ó quinientos años antes de venir nosotros al mundo.

¿Por qué había escogido la Condesa ese retiro en que todo la recordaba á su marido ultrajado y ausente, cuando hubiérase hallado más segura y más ignorada en cualquier aldea de los alrededores de París?

Se comprende con facilidad que así lo hiciese, porque desde el día que se celebró su casamiento, el Conde había visitado con fre-

cuencia, y aunque sólo fuese por algunas horas, esos sitios tan pintorescos en que pasara su infancia.

Desde esa época y sabiendo la Condesa cuan grande era la amistad que unía al Conde y al Médico, y sobre todo, el cariño que profesaba á Morville, propúsose Valentina reedificar el castillo aumentando sus dependencias y comodidades, y ese proyecto aplazado de día en día fue la causa de que el edificio acabase de arruinarse, pues dejaron de cuidarlo en la creencia de que había que derribar la mayor parte.

Interin llegaba el momento de empezar la restauración, abandonaron á Morville, sus jardines llenáronse de hiervas de todas clases: la hiedra cubrió con su espeso manto verde las restantes paredes y los muebles reducíanse á polvo; pero á pesar de eso, Jacobo conservaba hacia esas ruinas el mismo cariño que se tiene á un padre ó el respeto que se profesa á las reliquias de los que se ha venerado en vida.

El recuerdo de sus padres vagaba por aquellas ruinas, y el marino sostenía con fervor su culto, cuyo templo era el castillo.

Acompañábale Valentina en todas sus escursiones que tenían el carácter de una peregrinación.

Por aquella época empezaron á estar de moda las playas normandas, y la Condesa concibió el proyecto de construir allí una casa que estuviese en relación con el próximo estado de su fortuna.

Morville reunía condiciones admirables para el proyecto de la Condesa, lo mismo por el sitio elevado en que se hallaba, como por lo espacioso de su elevada meseta, desde la que se domina un paisaje tan admirable como extenso, condiciones todas que se prestaban á una instalación suntuosa y casi régia.

Las praderas y campos que le rodeaban producían unos doce mil francos, á lo que se reducía la fortuna del Conde, y formaban un parque natural, al que para embellecerlo sólo faltaban algunos ligeros arreglos.

Estudió en secreto ese asunto con objeto de proporcionar una sorpresa á su marido, y esto la proporcionó ocasión de apreciar la honradez á toda prueba del fiel Savard, guarda de Morville, y de su esposa, aldeana tan sencilla como fiel á sus amos, y trabó también amistad con el doctor Montel, el íntimo amigo del Capitán.

Al llegar el momento en que su estado angustioso la obligó á tomar una determinación, dijose que en ninguna parte estaría mejor ni tendría la seguridad de que guardasen su secreto como en Morville, porque la adhesión de Montel y de los esposos Savard hacia su esposo haría que se convirtiese en un deber.

Creyó que si esas tres personas se unían á ella en un pensamiento común, la ayudarían á ocultar ese desastre al hombre al que estaban unidos por una amistad tan sólida, y que más adelante protegerían, si era preci-

so, al niño ó niña cuya existencia veíase obligada á ocultar.

Presentóse una noche en Morville, y conforme á lo que el Médico relatara á Jacobo, Valentina se humilló ante los tres, dejando á un lado su orgullo, haciéndoles una confesión completa, en la que no dejó envuelto en la sombra más que un detalle, el del nombre de su cómplice.

Para que la amparasen y protegiesen sólo invocó ante Montel y los dos ancianos servidores el nombre de Jacobo de Kerhoët, apelando al cariño que tenían á éste.

Conmovióles su arrepentimiento, sus lágrimas, y prometieron el secreto que la Condesa arrancó á su compasión.

Su plan, ese plan engendrado por la fiebre y por el delirio que la dominaban desde que ese mal era irreparable, habría salido bien, á no haber tropezado con el grano de arena que la casualidad arrojó en los engranajes de la máquina, ó sea el inesperado regreso del Conde y la revelación de Florencia Carpiquel, que evitó que el Médico tuviese que revelar nada á su amigo, porque éste al franquear el umbral de la humilde casa lo sabía todo y no necesitaba más que su complicidad para llevar adelante los proyectos que tenía respecto á los habitantes de Morville.

A la misma hora en que el Médico y su amigo entraban en casa de Godin, Valentina, la hermosa Valentina, hallábase postrada en un lecho antiguo de retorcidas colum-

nás y rojas cortinillas, colocado en una des-tartalada é inmensa habitación del piso principal del castillo.

Extraño espectáculo, casi fantástico, era, en verdad, el que ofrecía aquella habitación blanqueada ó empañada por espesas capas de polvo que cubría las paredes; el techo, formado por ahumadas y negruzcas vigas, inmensa chimenea, en la que ardía mediano montón de leña, que despedía tanto humo como calor, é iluminado todo el conjunto, más bien por el resplandor de la lumbre, que por la luz de dos bujías, que en aquella inmensidad más bien se parecían á dos faros apenas visibles en la obscuridad de la noche.

Por cima de las sillas y tirados cual los restos del naufragio en la playa después de la tempestad, veíanse lujosas ropas, faldas riquísimas de seda, enaguas de fina batista, abrigos de preciosas pieles, encajes magníficos ó alhajas de mucho valor.

La hermosura de que la naturaleza había dotado á Valentina de Kerhoët era de esas que se califican de esculturales, y se comprendía al verla que aquellas formas tan soberbias habrían de resistir los estragos del tiempo.

En aquella época contaba escasamente veintitantos años.

Su negra cabellera suelta por cima de la almohada formaba á manera de sombrío marco, sobre el que se destacaba de un modo admirable la mate blancura de su tez.

Ni una sola arruga se veía en aquella

frente tersa; sus cejas sedosas se arqueaban sobre sus ojos sombreados por largas y obscuras pestañas que atenuaban su febril fulgor, y sobre sus hombros medio desnudos caían las deshechas trenzas de la negra cabellera.

Con sus dientes blancos y apretados mordía la Condesa sus labios rojos como la sangre, para ahogar los quejidos que el dolor la arrancaba, al mismo tiempo que tenía tendido el brazo sobre la ajada colcha de seda y descoloridas flores, que la mano estrujaba convulsivamente.

A la cabecera del lecho de la Condesa hallábase sentada una joven, teniendo entre sus manos una de las de ésta.

El tipo de esta última, la amiga mejor que la criada, era distinto en todo del de su señora.

Benita, cuyo padre había estado como marinero al servicio del señor Fontanet, ofrecía ese tipo tan vulgar entre las hijas de Marsella y de las costas de la Provenza.

Era pequeña de cuerpo, morena lo mismo que una tunecina, de ojos tan vivos como un basilisco, de carácter despierto y violento á la par, y capaz de amar ó de odiar hasta perder la vida, y en aquellos momentos fijaba sus sombrías miradas, por las que pasaba á intervalos un fulgor parecido al reflejo del oro, en su señora.

Una racha de un fuerte vendaval hizo que crujiesen los cristales, poco seguros en los plomos de las desvencijadas ventanas.

—¡Qué noche más espantosa, Virgen Santa!—exclamó la provenzala con ese acento que sazona las menores palabras de la misma manera que la pimienta las salsas más sosas.—¡Qué noche! ¡Cuándo acabará! ¡Oh! ¡Lo que es estas noches del Norte!...

Ahogó Valentina un grito de dolor desgarrando con los dientes la batista del pañuelo.

Benita se inclinó hacia su señora y la besó en la frente.

—No tengáis miedo,—la dijo para tranquilizarla.

Y dejándose arrastrar por un arranque contra el Médico y el guarda, añadió:

—¡Qué tortuga! ¡Pues no tarda poco en volver! ¡Y ese Médico que no viene!

—¿Qué hace?—murmuró la Condesa.

—No puede tardar mucho, señora, su casa no está muy lejos, y hace mucho rato que se marchó el guarda, ¡qué despacio andan en este país!

Con mucha delicadeza enjugó el sudor que humedecía el pálido rostro de su señora.

—¡Cuántas veces le maldigo!—murmuró la Condesa.

—¿A quién?

—¡A él!

Y al decir esto buscó su mirada á algún ser invisible en el vacío.

En el corredor inmediato, el cual estaba embaldosado con grandes losas de piedra, y con el que comunicaba el salón por una puerta lateral, resonaron algunos pasos.

—¡Es el Médico!—exclamó Benita.—¡Al fin viene!

Se equivocaba, no era el Médico, sino Savard, al que seguía el doctor Montel á poca distancia.

Mientras el Médico entraba por una puerta, un hombre se deslizó por otra atravesando el jardín hasta llegar al pie de la torre-cilla, cuya puerta que empujó, cedió á sus esfuerzos.

Al pie de esa torre cubrían el suelo piedras y pedazos de pared llenos de tierra y de malezas, y á pesar de eso, al recién llegado, que sin duda conocía mucho aquellos lugares, le bastó con la dudosa claridad de las estrellas para llegar hasta la escalera de piedra que iba á parar al primer piso del castillo.

Ni un solo momento se detuvo para elegir su camino, y bajo la capa y envuelto en paños de lana llevaba un bulto inerte.

Al llegar al cuarto-tocador se escondió en un rincón procurando ocultarse tras un cortinaje hecho pedazos, y su espera no fue muy larga.

Oyó de pronto un grito de dolor que le hizo estremecer hasta las fibras más íntimas de su corazón, y á esto se redujeron todas las quejas de la enferma.

Oyó á continuación que su amigo daba algunas órdenes en alta voz á la doncella, luego que se cerraba y abría la puerta resonar en el corredor un paso muy ligero que se alejaba.

Atrevióse entonces á moverse y levantó la cortina que separaba el cuarto-tocador de la habitación en que había oído el gemido.

Valentina, que tenía el rostro blanco como un sudario, había reclinado la cabeza sobre las almohadas, iluminándola con su macilenta luz las dos bujías.

Presentóse el Médico en el tocador y se verificó un rápido cambio entre los dos hombres, que no dijeron ni una palabra, y el Conde, como un ladrón sorprendido *in fraganti*, echó á correr y bajó apresuradamente la escalera de piedra.

Nadie se había enterado de su presencia.

Al salir del jardín echó á correr con toda la velocidad que le permitían sus piernas, internándose en el escarpado sendero que baja en pendiente hasta la aldea.

Perseguíale el recuerdo de la pálida cabeza que entreviera durante un momento, pero á ese recuerdo mezclábase una alegría feroz.

El recién nacido que llevaba en sus robustos brazos, no pesaba en ellos más que un gorrión en las garras de un aguilucho, y en él tenía la realización de su venganza.

Volvió el señor Montel al lado de la hermosa enferma y lanzó una exclamación de pena.

—¡Una niña! ¿Vivirá?—murmuró.

Dejóla en la cama al lado de la Condesa, y ésta abrió desmesuradamente los ojos é interrogó con una mirada en que se traslucía gran terror al Médico. La muerte de la

niña habría sido la libertad, la redención para ella, el olvido quizás de la falta; pero el instinto maternal despertóse con fuerza en su corazón, más poderoso que el sentimiento de conservación y del honor.

—¡Quiero que viva, Doctor! ¡Dádmela!

Obedeció el Médico y vió con profunda sorpresa que al recibir las ardientes caricias de la Condesa la niña hacía un movimiento.

Acercóse al lecho, é inclinándose observó que respiraba, aunque débilmente.

—¿Podremos salvarla?—murmuró.

—¿Qué es lo que se necesita?—preguntó ansiosamente la Condesa.

—Una buena nodriza.

—¡Os juro que lo seré, aun cuando sepa perderme!

—¡Tened cuidado con lo que decís, y acordáos de vuestra promesa! ¡Que su existencia se deslice ignorada de todos! ¡Que nadie sepa que vive!

—¡Ah! ¿Y qué me importa el mundo ante mi hija? ¡Que viva ella aunque me pierda yo!

—¿Y Jacobo?—respondió con sencillez Montel.

—¡Es verdad! ¡Olvidaba al inocente, perdonadme!

La niña les dejó oír ese vagido propio de los recién nacidos.

—¡Te querré más que á mi vida!—dijo Valentina prodigándola sus besos y caricias.

En los momentos en que esto ocurría en

el castillo de Morville, entraba el Conde en casa de Godin, en la que le estaba esperando la pescadora con mucha ansiedad, porque el alumbramiento de Teresa había sido muy doloroso.

—Me está pidiendo sin cesar á su hijo.

—Tomad, aquí la tenéis; es niña como la que me llevé.

Al verla no pudo Francisca contener una exclamación de asombro.

—¡Oh! ¡Qué robusta es!

Era verdad; la Condesa había dado á luz una criatura preciosa y robusta.

—Quiero que la llaméis Rosa, Rosa Godin,—dijo el conde Kerhoët con acento imperioso, sacando un fajó de billetes de Banco y dándoselos á la pescadora.—Guárdalos y escóndelos, pues son para ti sola, y en adelante te daré cuanto necesites. Ayudarás á tu hija cuando ésta lo necesite, pero no olvides nunca que mis deseos son los de que Rosa se crie y eduque como una hija del pueblo, al igual de su madre, y que ignore en absoluto á quién debe su nacimiento. Más adelante veremos lo que hay que hacer; ¿me prometes ahora no revelarlo á nadie?

—Sí.

—Sobre todo á tu marido y á tu hija.

—Así lo haré.

—¿Suceda lo que quiera?

—Sí.

—Con esa condición te daré una fortuna.

—Tened presente, señor Jacobo, que es

por cariño hacia vos por lo que obro así, y no por otra cosa, ¡bien lo sabéis!

La dignidad con que la pescadora pronunció estas palabras conmovió al marino hasta el fondo de su alma.

—Bésame y abrázame,—la dijo.

Con conmovedora sencillez, replicóle Francisca:

—¿Por ventura no sois poco menos que hijo mío?

Inclinóse el marino dominado por viva emoción, dió un beso en la frente de su no-driza y se alejó apresuradamente.

Volvióse Francisca al desván en que estaba Teresa, rendida por el dolor, y con los ojos medio cerrados, y acostada en su humilde lecho.

—Aquí tienes á tu hija,—la dijo.

Hizo un esfuerzo Teresa para incorporarse y la recibió en sus brazos.

—¡Pobrecilla!—exclamó dándola un beso con maternal ternura.

Las dos niñas habían encontrado cada una su madre.

Esto pasaba en la noche del 27 de marzo de 1850...

VI

Al día siguiente, y á las dos de su tarde, presentóse el capitán Jacobo de Kerhoët en el despacho del Ministro de Marina.

En pocos días había cambiado de una manera notable el aspecto del Conde, que parecía haber pasado penosa y larga enfermedad.

Al Ministro llamóle la atención el trastorno que revelaba la fisonomía del marino, y le miró con atención.

—Excelencia, —dijo Kerhoët, —vengo á veros para pedir os un favor.

Era Ministro á la sazón el Almirante Lapierre, uno de los marinos franceses más distinguidos.

—Aquí no hay excelencia, —contestó sonriendo, —sino un camarada que desea servir, ¿qué es lo que pedis? ¿Una licencia?

—Al contrario, quiero embarcarme otra vez.

—¡Tan pronto, y acabáis de llegar!

—Es igual, quiero marcharme.

—¿Cuándo?

—Lo más pronto posible.

—¡Ah! —exclamó el Ministro.

—Me sucedió una desgracia, excelencia, una de esas desgracias que aniquilan al hom-

bre, costándole mucho trabajo reponerse. Deseo huir de París.

—¿Durante mucho tiempo?

—Sí, durante muchos años, y por razones que no son del caso, deseo hasta que se ignore que estuve aquí. Si tenéis alguna misión que desempeñar en el otro extremo del mundo, sea peligrosa ó no, os suplico encarecidamente que me encarguéis de ella.

El Ministro, que era hombre que sabía apreciar el valor de cuantos le rodeaban, no hizo ninguna objeción.

Comprendió en seguida que para que el capitán Kerhoët le hiciese semejante petición y quisiese desterrarse voluntariamente cuando tenía un título, riqueza y estaba casado con una de las mujeres que más llamaban la atención en París por su belleza, debía tener motivos muy poderosos para ello.

—¿Estáis bien decidido? —le preguntó.

—Sí, Almirante.

—¿Estáis satisfecho de la tripulación de vuestra fragata?

—Tengo tanta confianza en todos y cada uno de ellos como en mí mismo.

—¿Se halla la *Diana* en estado de hacerse á la mar.

—Mañana mismo, si se quiere.

—Está bien, —dijo el Almirante, quedándose pensativo durante algunos momentos.

—No tenemos establecimientos ni factorías en el mar de las Indias, y todas las naciones se mueven para formarlos en los puertos que están desocupados; pongo, por tanto,

nuestros intereses en vuestras manos y buscad lo que deseamos, estando dispuestos á hacer toda clase de sacrificios. De modo que en estas condiciones solo dependerá de vos el volver pronto ó permanecer allí mucho tiempo.

—Os doy las gracias, mi Almirante; lo que me concedéis colma con exceso mis deseos, porque es más de lo que pedía.

—Los ministros cambian y yo me iré como se fueron los demás, pero mientras esté en el poder dirigirme confidencialmente vuestros informes, y cuantas comunicaciones creáis convenientes, pidiéndome lo que necesitéis. Haré todo lo que queráis, porque tengo confianza en vos.

No añadió más, ni lo necesitaba, porque, como hombres de privilegiadas inteligencias habíanse comprendido inmediatamente.

El Capitán se puso en pie para despedirse.

—¿Os marcháis?—preguntó el Ministro.

—Dentro de una hora estaré muy lejos de aquí.

—Las instrucciones llegarán á Brest al mismo tiempo que vos, y en seguida podréis haceros á la mar. ¡Hasta la vuelta, amigo mio!

Estrechó Jacobo con mucha afección la mano que le tendía el Ministro, y se retiró.

A los tres días de verificarse esta entrevista, levaba anclas la fragata *Diana*, saludándola el cañón de los fuertes, atravesaba la rada y franqueaba á toda vela los pasos de la boca para perderse como un átomo casi

invisible en las inmensidades del Océano Atlántico.

Largo tiempo permaneció el Capitán en la toldilla contemplando con melancólica mirada las costas francesas, y no se separó de su sitio hasta que se perdieron de vista en el horizonte.

Cuando esto sucedió y se confundieron con las olas y vió que estaba sólo, muy sólo, en medio del Océano, separóse lentamente de la toldilla y se metió en su camarote.

Sentóse ante su mesa, y apoyando la cabeza en las palmas de las manos, secos y enrojecidos los ojos, permaneció inmóvil y sumido en una desesperación sin límites.

A contar desde aquel momento empezaba una nueva vida para él, vida de aislamiento, de amargos y penosos recuerdos.

La mujer á la que amaba con toda la energía de que era capaz, habíale hecho traición, y el honor, ese honor inflexible que para Jacobo era su regla de conducta y su ley, elevaba en adelante infranqueable muro entre su esposa culpable y él.

El bretón estaba dotado de un carácter de temple superior, pero el golpe que acababa de recibir era de esos que rinden á las naturalezas más privilegiadas y enérgicas.

Toda la noche pasóla echado de bruces sobre la mesa entregado á cavilaciones tan sombrías como penosas, sufriendo mucho á pesar de su fuerza de voluntad.

Al verse separado de su hija, de esa esposa de la que en vano esforzabase para

arrancar la imagen de su corazón, y á la que seguía amando, al recordar en lo más recóndito de su memoria aquella cabeza pálida é inanimada que entreviera durante un momento en la semiobscuridad del salón de Morville, figurósele que todo su ser se desgarraba, y que con la tierra de que se alejaba por momentos abandonábale la vida.

Amaneció y subió al puente, y allí vióse rodeado de los Oficiales, y de sus robustos marineros que se movían apresuradamente de una á otra parte, obedeciendo á los pitos de los contramaestres, para ejecutar las maniobras necesarias.

La fragata se deslizaba rápidamente cortando las aguas con su dorado tajamar.

La fresca brisa que soplabá con fuerza del Norte daba en las sienes al Capitán, y contribuyó á que poco á poco fuese disipándose la fiebre que le consumía.

Dirigió una prolongada mirada al mar, y su corazón se dilató:

— ¡Al menos me quedas tú y el infinito!
¿Quién sabe si esto no será el olvido?

Así salió vencedor de esa lucha encarnizada sostenida contra el amor y los recuerdos; empero á contar desde ese día, viósele sonreír muy pocas veces, y su rostro adquirió la rigidez del metal, rigidez que no abandonó jamás.

Mostróse siempre muy cariñoso y cortés con sus inferiores, dió pruebas de que era justo, bueno, y de fría intrepidez ante los mayores peligros y todo esto hizo que con el

tiempo llegase á ser el tipo perfecto del marino y una de las glorias de la marina francesa.

Nadie, excepción hecha del Ministro, sospechó que una inmensa desgracia obligaba á Kerhoët á hacer el sacrificio de las alegrías de la familia y de los placeres de la ostentación que le permitía el estado de su fortuna y los que no lo comprendieron ó adivinaron, tomaron su resolución por heroísmo ó desmedido cariño á su profesión.

A los quince días de ocurrir los sucesos de la noche del 27 de marzo regresó la Condesa á su hotel de Cours-la-Reine y encontró una carta procedente de Brest, que había llegado durante su ausencia.

Asustóse mucho al abrirla temiendo la llegada de su esposo, porque creyó que éste lo sabía todo y que iba á pedirle cuentas de su inexplicable ausencia; pero Florencia Carpiquel que se hallaba casualmente á su lado la tranquilizó manifestándola que el Capitán no se había presentado en el hotel Fontanet.

Según manifestó Florencia, de haber estado el Capitán en París, habríale visto ella, pues mientras estuvo fuera su señora no se había separado ni un momento de su puesto, por lo que podía tener completa confianza en ella.

La carta distinguiase por su extremado laconismo.

Hé aquí lo que decía:

Mi querida Valentina:

Hace años que os empeñasteis en que no abandonase mi carrera, y esto por vuestra parte era una prueba de gran generosidad, porque sabéis el aprecio en que la tengo; pero hoy, por desgracia, comprendo su rigor, pues acabo de recibir por el correo la orden de volverme á hacer á la mar sin detenerme más que lo indispensable.

Apresuré mi regreso por todos los medios que estaban á mi alcance considerándome feliz al creer que os iba á ver, y me marché desesperado, mas no hay otro recurso que obedecer.

*Velad por nuestro hijo y enseñadle á querer á este padre al que no verá tampoco.
¡Os ama siempre!*

JACOBO DE KERHET.

Presentóse al Ministro de Marina, y el Almirante la manifestó que efectivamente había elegido á Kerhoët para una misión muy delicada para la que no podía nombrar á otro, y Valentina tuvo que conformarse con esa explicación.

—No sabe nada,—dijose al principio.

El éxito era superior á sus esperanzas, y cuando volviese el Capitán, el tiempo habría sido encargado de borrar las huellas de la falta, y mientras tanto, proponíase repararla dando pruebas repetidas á su esposo de ese cariño sin límites de que estaba lleno su corazón, y porque le amaba sincera y apa-

sionadamente y ni un solo instante dejó de amarle.

El porvenir se encargará de explicarnos esta que parece extraña inverosimilitud.

El estado próspero de su fortuna permitía á Valentina asegurar la existencia de su hija, del fruto del adulterio, sin tocar en nada á la herencia del hijo legítimo, ¿qué le importaba el dinero? ¡Lo que la convenía era salvar el honor y el cariño de Jacobo!

El doctor Montel fue quien se encargó de las diligencias necesarias para arreglarlo todo, presentando la criatura conforme se había convenido, en el registro de la Alcaldía de Touque.

Con los nombres de Marta María bautizaron é inscribieron á la niña, sin que á esos nombres acompañase más apellido, y á la que tenía Teresa Godin en su poder diéronla el nombre de Rosa.

La influencia de que gozaba el Médico en la aldea y sobre el Alcalde y el encargado del registro, hizo que se hablase poco de esos nacimientos.

De la presencia de la Condesa en el castillo no se enteró nadie, y más adelante, cuando llevaron la niña, gracias á los cuidados del Médico, á una nodriza que vivía en la aldea de Fresnes, á unas dos leguas de la casa de Godin, tuvo Marta por compañera y comensal durante los diez primeros años á Rosa Godin, á la que la unió una de esas amistades, que creadas durante la infancia duran toda la vida.

Corrieron y jugaron Rosa y Marta por las mismas praderas y á la sombra de los árboles, y más adelante fueron juntas con un cestito bajo el brazo á la misma escuela en la que Rosa, como más fuerte protegía á su amiga Marta, criatura débil y delicada, de cabello rubio y sedoso y grandes ojos azules que iluminaban una carita pálida. Pres-tábanse las niñas sus libros, sus juguetes, ricos ó pobres, participaban de la misma rústica vida, respirando el mismo aire campestre, bebiendo la leche de una robusta vaca contentina, disputando alguna que otra vez, tuteándose, creciendo y calentándose al mismo sol.

Al cumplir los diez años se separaron para no volverse á ver en mucho tiempo.

Un día, por esa época, presentóse en la aldea de Fresnes una mujer elegante, la que á la legua revelaba que era doncella de una buena casa de París y que pidió que la presentasen á Marta.

Comprendiendo ésta que habia llegado la hora de la separación, se arrojó llorando en brazos de su amiga y compañera para despedirse de ella.

A los dos días entró en un triste y sombrío convento de Tours, cuyas pesadas puertas parecíéronse las de una cárcel, y allí echó de menos los días de la libertad y sus alegrías de la aldea; empero el estudio distrájola al fin de esos recuerdos, y el tiempo se encargó de borrar poco á poco el de la que fue la compañera de sus primeros años.

Teresa Godin, por su parte, llevóse á su casa á Rosa, y la inició siendo muy niña aún en las miserias que pasa el pobre que se ve obligado á ganar su pan con una ruda labor.

El capitán Kerhoët volvió á su patria muy pocas veces, viéndose obligado á permanecer en lejanos países prestando el servicio de cruceros ó mandando estaciones navales.

Cuando la casualidad le obligaba á vivir durante algunos días en el hotel Fontanet, convertido en hotel de los condes de Kerhoët, daba pruebas de exquisita cortesía para con la Condesa pero evitando siempre el intimar con ella.

Encerróse Valentina en su aislamiento, lloró á solas y no intentó destruir el muro de hielo que se habia, al parecer, elevado entre los dos esposos, y esperó una reconciliación que no llegó nunca.

En las cartas del marino revelábase una melancolía creciente é inquebrantable en su resolución, que Valentina no tardó en comprender sin que su marido hiciese ninguna alusión á las causas que le impulsaban á obrar de esa manera; no se conmovió Jacobo ni por la eterna escultural belleza de su esposa, por la que pasaban los años sin dejar huella alguna, ni por sus cartas llenas siempre de tiernas protestas.

Así pasaron veinte años, y el drama preparado por los acontecimientos que hemos narrado iba á dar principio.